

Aquellos goles de cabeza

Cuando Lázaro, aquel talentoso nueve, tuvo que abandonar el fútbol, los periódicos dijeron que se marchaba el genio que había marcado una época. Los mentideros equipararon su retirada a la de Curro Romero, a la tarde en que se cortó la coleta, algo que Sabino no hubiera podido hacer por culpa de su aplastante alopecia. Goleador notable, se retiró llevando consigo un récord en la liga española, el de ser el pichichi de tantos anotados de cabeza. Si incluimos los pies, Zarra, Di Stefano, Hugo Sánchez o Raúl harían pequeña su cifra, pero todos muerden el polvo cuando en la estadística cobra el protagonismo la testa.

Fuera del rectángulo hacían falta milésimas para ver que era un tipo con poca sal en la mollera. Corto de luces, nada lúcido, parco en ideas, su frente remataba con extrema violencia la pelota porque nada delicado había que proteger del cráneo para dentro. Eso sí, hacía poesía con su frente, regateaba a los adversarios con la bola pegada a ella, en una especie de tictac que simulaba la ofensiva de un novillo; su frontal, debido a la calvicie, parecía la explanada de Barajas, podía decirse que empezaba en las cejas y se extendía hasta la nuca; a pesar de todo, contaba con más de dos dedos de frente. Su felicidad carecía de parangón, millonario y sin preguntas existenciales que pudieran perturbarle, justo lo que para sí quizá querrían en el fondo muchos apesadumbrados intelectuales.

Todo se torció cuando Lázaro empezó a menospreciar los pases aéreos que le venían desde las bandas. El balón dejó de ser un pez con querencia a la almadraba de la portería. Sin goles. El cuerpo técnico indagó en los motivos de este descenso en su rendimiento. El nueve vagaba por el campo como Sansón sin melena, aunque a Lázaro

era imposible que nadie le arrancara cabellera alguna. Sí que había una Dalila en la gestación de su tragedia. Una rubia camarera, con la que salía desde hacía meses y de la que estaba desmedidamente encariñado, de la noche a la mañana había decidido abandonarle por el portero del eterno rival. Un mes después del nacimiento de su soledad, es decir, tras cuatro partidos desastrosos, el delantero se confesó en el vestuario a su entrenador entre lágrimas. Con esa pronunciación suya tan ininteligible, al fin esclareció que unos intensos dolores de cabeza le amargaban la vida desde que su amada había vaciado la aljaba de Cupido. Para Lázaro era un suplicio descarnado intentar meter goles de testa. Apenas podía masajearse con los dedos, por lo que el cuero equivalía a la dureza de las balas.

El pánico se apoderó del club, huérfano de su capital más valioso. El presidente se encargó personalmente del asunto y reunió a las mayores eminencias en la neurología nacional. El diagnóstico fue raudo: del shakesperiano desamor, el sufrimiento; del sufrimiento, unos coléricos nervios; de los nervios, un constante y violento castañeteo con los dientes; y como resultado, una potente cefalea tensional capaz de marchitar la primavera futbolística de un genio. Madrid, Berlín, La Habana, Houston... pero no hubo clínicas ni hospitales en el mundo que pudieran minimizar los devastadores estragos de su dolor, perpetrado por la enfermiza obsesión con aquella camarera.

Tras unos meses apartado intentando solventar su drama, la siguiente temporada le regaló una perenne suplencia. Cuando entraba al campo de recambio, la grada lo alentaba y los astros parecían querer aliarse sobre él, pero sus piernas lucían vulgares y la leyenda se frustraba sin el faro talentoso en la cabeza. Y harto de banquillo, colgó definitivamente las botas. Sabino andaba deprimido, como un funámbulo sobre el brocal del infierno. El dinero no le proporcionaba la felicidad, nada podía con los fríos

martillazos y latigazos torturadores de la cefalea ni con el recuerdo de su chica evanescente.

Pasaron varios años sin que el escenario mejorase, dominado por el dolor, la tristeza y el insomnio. Todo el tormento acabó cuando otra mujer volvió a orear las ventanas de sus días. Lázaro se enamoró de Judith, una joven vidente que echaba las cartas del tarot en esas madrugadas de vigilia del exfutbolista. Noche a noche fue quedándose prendado de ella, de sus mechones rubicundos, de sus zarcillos dorados, de sus lentillas turquesas, de sus vestidos de cebra. Y, en lo que a la postre sería un histórico momento televisivo -en directo quizá la audiencia fue de una persona-, el castigado delantero se armó de valor y telefoneó a Judith para preguntarle sobre el futuro y sobre aquellas punzadas de las que le habían hablado los médicos. “Quiero saber hacer acerca de la *encefa... senfa...* cefalea tensional. Ayúdame, Judith, por favor”, planteó compungido. Ella, dubitativa, logró responderle tras agarrarse el pinganillo: “El lado que te duele predecirá tu voto. ¡Qué hallazgo tan notable! ¡Qué pasmo y qué alboroto!”. Lázaro dijo: “Es que me duelen todos los lados”. Y tras agarrarse de nuevo la oreja, respondió: “Ah, claro, que tú eres de los que votan en blanco...”. Y las voces se entrelazaron y el amor nació en el aire a través de las ondas de los dos teléfonos. Tras poner las cartas sobre la mesa, sentenció: “Muy pronto tus dolores se curarán, desaparecerá tu tristeza y volverás a levantarte, Lázaro”. La vidente era de las buenas. Días después, con Lázaro ilusionado, ambos se vieron en una discoteca. Y la joven reconoció la triste figura de toda una leyenda forrada del balompié. Decidió que nunca deberían separarse. Y Lázaro revivió.

Era tarde para volver al fútbol, los mejores años de su vida habían volado como aviones de papel mojado. Era tarde, a pesar de estar curado y de que su cabeza podía golpear con violencia el tronco de un roble, era demasiado tarde para volver a marcar goles.

Pero volvieron a ser tiempos de placidez y ventura. Fiestas, bailes, viajes. Un director de cine grabó un documental homenaje a Lázaro, con sus hazañas, rarezas y dolores, con gran repercusión. Su nombre regresó al ruedo mediático. Era un jugador de culto. Firmaba autógrafos, se echaba fotos con seguidores y recibía el cariño de la gente allá por donde iba. Hasta protagonizó un anuncio de una conocida firma deportiva que lanzó su campaña internacional de gorras; “equípate con cabeza”, gritaba Lázaro como eslogan. Ganaba mucho dinero y Judith lo gestionaba. Hacían una extravagante pareja a la que Mediaset dedicaba sus tardes.

Hasta que un invierno gélido ella desapareció y dejó a Lázaro y la cuenta corriente tiritando. Otra vez a sufrir y a abrigarse con las escamas del lamento. Ahora al menos conocía el itinerario del sufrimiento, y esta vez el dolor de cabeza irrumpió con menos fuerza. Pasaba los días mirando fotos de su adorada. Cuando las maderas de la casa vacía crujían, la añoraba con más fuerza; cuando escuchaba aquella bachata decadente tan especial para los dos, lloraba; cuando los vecinos hacían el amor en la pared colindante, se masturbaba pensando en Judith. Mil y una veces miró en Internet el vídeo -viral- con la conversación en la que se conocieron, en aquella hermosa madrugada de esoterismo en una televisión local. Abusaba del *replay* recordando cada palabra. Se sabía el diálogo de memoria: “El lado que te duele predecirá tu voto”, se decía a sí mismo emocionado una y otra vez, saboreando la entonación, la perfecta prosodia de Judith. La frase rebotaba en su vacío cerebro: “El lado que te duele...”. Y se dijo: “Ya no me duele toda la cabeza como me ocurrió antes, ahora el lado que me duele no es ni la izquierda ni la derecha, es el centro. Sí, justo en todo el centro”.

En una tertulia deportiva a la que le invitaron, cuestionado por temas políticos por el presentador, reconoció no saber mucho del tema, aunque afirmó tajante ser un votante

de centro. En un país con el bipartidismo izquierda-derecha en seria crisis, el candidato de un partido de ideología centrista, Segismundo Quintanilla, escuchó con detenimiento las palabras de Lázaro, una leyenda del fútbol, el pichichi cabeceador. Ahí se forjó la amistad entre exdeportista célebre y político aspirante a la gloria. Uno le propuso al otro que si quería ser imagen del partido. Aceptó, por qué no. E incluso en las papeletas del partido centrista al Senado pudo apreciarse poco más tarde el nombre de Lázaro. Y los comicios, como se preveía, fueron satisfactorios para la formación, arrastrada por la conmovedora gracia de un futbolista popular y mágico. Y a día de hoy ahí sigue, tumbado en su butaca, rascándose la prodigiosa calva en el Senado. Quintanilla dice de él que es un hombre muy cualificado, que posee todo lo que se requiere en el mundo de la política. Y que, por supuesto, se trata de un hombre con gran cabeza.